

EL MUNDO ES LA ACADEMIA

Anécdotas de rosaristas que
hicieron intercambio académico

Por: César Leonardo Rojas

Estudiante de Periodismo y Opinión
Pública y de Ciencia Política y Gobierno



© Camila Gómez

Reforma, una de las calles más bonitas y más conocidas de la ciudad de México D.F. A lo lejos se ve el monumento del Ángel de la Independencia.

Era la primera vez que Camila Gómez salía del país, era la primera vez que iba a estar tanto tiempo lejos de su casa, era la primera vez que iba a vivir sola y, sin saberlo, con los ojos todavía aguados tras despedirse de sus padres en el aeropuerto El Dorado de Bogotá, sería la primera vez que trabajaría como periodista en el exterior. Como ella, muchos de nosotros, los rosaristas que habíamos decidido iniciar un intercambio académico en el exterior, nos encontrábamos con muchas *primeras veces* que cambiarían nuestras vidas.

Desde el primer semestre de 2005 hasta finales del primer semestre de 2011, 604 estudiantes de la Universidad habían ido a distintas partes del mundo para realizar un intercambio académico. A finales de junio de 2011, la Cancillería de la Universidad organizó una reunión para despedirnos a todos y darnos las últimas recomendaciones. No cabía la gente en el aula 1001 de la torre 2 y en el salón se respiraba ansiedad. De los asistentes ese día, 188 viajarían a universidades en Argentina, Chile, Brasil, México, Francia, España, Alemania, entre otras.

Camila, estudiante de Periodismo y Opinión Pública, y el grupo de estudiantes que se había postulado para la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) estaban en especial incertidumbre: a menos de un mes de iniciar las clases, las cartas de admisión provenientes de la Universidad no habían llegado. Al final, los siete aspirantes fueron admitidos y el intercambio se volvió una realidad. El 25 de julio de 2011 Camila viajaba a México y ni siquiera sabía en dónde iba a vivir durante los próximos seis meses.

Para entonces, Carlos y yo ya habíamos encontrado apartamento en Buenos Aires, llegamos en los primeros días de julio para tener un sitio fijo antes de que empezara la semana de inducción en la Pontificia Universidad Católica Argentina (UCA). No fue fácil: a la dificultad de encontrar un precio que se ajustara al presupuesto, se sumaba la incomodidad que suponía



© Camila Gómez



© Camila Gómez



© Camila Gómez

Conocer antiguas tradiciones como la de darle a los niños dulce de chilacayota, el Día de los Muertos, las máscaras de famosos luchadores mexicanos y los restaurantes típicos son parte de esta aventura de intercambio.

no tener un espacio *propio*. Para la mayoría de nosotros los primeros días fuera del país transcurrieron en un hotel, en la casa de un conocido o, mi favorito, en un hostel lleno de gente que estaba “de paso” y donde se compartían los baños, la cocina y hasta el cuarto. No me gustaba por las comodidades, sino por la gente que se podía conocer, siempre de distintos países, y como se compartían tantos espacios, charlar con el otro era inevitable. Una noche allí costaba un promedio de \$ 30.000, incluido el desayuno, y teníamos que mantener las maletas cerradas con candado porque no se sabía quién dormía en el camarote de al lado. Llegar finalmente al que sería nuestro hogar y poder desempacar maletas era un alivio, sin duda.

Al menos estábamos en países hispanohablantes y el choque lingüístico se limitaba al acento y

a algunas palabras. Juan Felipe Uribe, estudiante de Administración de Negocios Internacionales, está haciendo doble titulación en la Université Toulouse, Francia, desde junio de 2011 y era la segunda vez que debía desenvolverse con un segundo idioma (ya había vivido un año en Alemania antes de entrar a la Universidad), pero recuerda que al comienzo no fue fácil comunicarse.

Yo estudié francés cuatro semestres en el Rosario y luego hice cinco meses intensivos en la Alianza Francesa, y eso sí es muy duro porque uno cree que está bien en Colombia y llega acá y todo el mundo habla rapidísimo, con expresiones diferentes, digamos que en las clases no fue tan grave porque los profesores hablan despacio y el vocabulario de economía es casi igual en español.

Sin embargo, quienes nos habíamos quedado de este lado del Atlántico, estábamos reaprendiendo



Invierno de 2012 en Toulouse.

© Juan Felipe Uribe

nuestro idioma. “Esta gente mezcla mucho la *x*, la *c*, la *h*, la *t* y la *l*, entonces la primera vez que vi Xochimilco, Teotihuacán o Tepoztlán, me enredé y dije de todo, menos lo que tenía que pronunciar”, cuenta Camila, quien además, para evitar malentendidos tuvo que aprender a “tomar camión”, en vez de “coger un bus”, y a “tocar el claxon”, en vez de “echar pito”. Cualquier mexicano o argentino estaría sorprendido con que aquí se publicara una palabra como *coger*.

Así, sin reparar mucho en el cómo y en el cuánto, uno termina acostumbrándose a otro ritmo de vida, a otros horarios, a otro tipo de gente y, por supuesto, a otra universidad.

“Algunas de las clases son en un auditorio en donde caben hasta trescientas personas”, cuenta Juan Felipe, “y el profesor básicamente se queda cinco minutos después de la clase para responder preguntas, entonces la relación es muy lejana, ellos nunca lo conocen a uno. Yo rescato eso del Rosario. Allá hay más contacto con el profesor y más debate, acá no, acá el profesor habla y uno copia”.

En cambio, Camila dice que en la UNAM es todo lo contrario: “Yo creo que esta gente es súper querida, en parte porque aquí no les gusta que se trate al otro de *usted*, y los profesores más importantes son muy abiertos y uno no tiene esa sensación de que son inalcanzables”.

De todas formas, y sin demeritar la importancia de la vida académica, de las clases, de los profesores, de los exámenes y, en fin, de la universidad, estos eran solo unos pocos de los detalles que nos sorprendían día a día.

Siempre habría algo nuevo con qué maravillarse. Basta recordar la primera vez que monté en *Subte*, el metro bonaerense. De repente cobraba sentido esa imagen que nos dice que el inframundo está ardiendo en llamas. El calor allí solo se hacía soportable al recordar que desde Pueyrredón, la estación más cercana a mi apartamento, hasta Catedral, en una esquina de la Plaza de Mayo en el centro de la ciudad, el *Subte* tardaría diez minutos. Una distancia más o menos equivalente a ir desde

la Plaza de Bolívar hasta la calle 45 con el mismo tiempo que demora el Transmilenio en bajar desde la estación de Las Aguas hasta la Caracas.

Seis meses, un año o dos puede parecer mucho tiempo, pero no lo es cuando es el único que se tiene para conocer todo un país. Aprendimos que sin importar que no sea la nuestra, aunque moderna y funcional, ciudad es ciudad y, por lo tanto, caótica. Por eso buscábamos escaparnos cada vez que teníamos la oportunidad.

La excusa fue un trabajo: “¿Cómo se celebra el 16 de septiembre [conocido como el Grito de Dolores, punto de partida de la Guerra de Independencia mexicana] en San Miguel?”, así que con cinco compañeros y un equipo de cámaras, Camila viajó a San Miguel de Allende, Guanajuato, para registrar y celebrar el Grito de Dolores. “En una placita, que no era tan grande, era muy bonito porque había como cinco grupos de mariachis por todo lado, entonces en cada esquina escuchabas música”, recuerda Camila.

Siete mil cuatrocientos kilómetros al sur, un fin de semana largo fue tiempo suficiente para que Carlos y yo fuéramos a Mendoza, al occidente argentino a pocas horas de la frontera con Chile. Tierra vinícola por excelencia y cuna del pico más alto de la cordillera de los Andes, el cerro Aconcagua. Era curioso ver cómo los mismos argentinos se emocionaban cuando les hablábamos del viaje, era la misma sensación que experimentamos cuando hablamos con uno de los extranjeros que llegan a nuestra universidad y nos cuenta que en menos de un año estuvo en el Amazonas, conoció La Guajira, fue al Eje Cafetero, navegó hasta Gorgona y durmió en el desierto de la Tatacoa.

Estábamos lejos, sí, pero no podíamos desentendernos de quienes nos esperaban en Bogotá. Antes de empacar maletas, varios de nosotros nos tomamos el tiempo suficiente para enseñar a nuestros padres el uso de *Skype*. “Pero cómo así, ¿a cómo me van a cobrar el minuto por ahí?”. Y yo, “Que nada, papá, eso es como chatear por



© César Leonardo Rojas



© César Leonardo Rojas



© César Leonardo Rojas

Además de las clases de la Universidad Católica de Argentina, Carlos y César visitaron las Cataratas de Iguazú, el barrio San Telmo, en Buenos Aires, donde hay un monumento a Mafalda, y Mendoza, ubicada cerca de la frontera con Chile, entre otros lugares.

Internet”. A los tres meses de haberme ido, mi mamá bendecía esa *S* blanca inscrita en una nube azul. “Si no fuera por *Skype* no podríamos hablar tan seguido y yo no habría podido verte en seis meses. Así era antes”, me decía mi mamá muerta de la dicha. Por eso, en el día podía pasar cualquier cosa: podía ir o no a clase, almorzar en la casa o en cualquier restaurante, ir a un museo, a un parque, a un pueblo cercano o dormir todo el día, pero en la noche, sagradamente, tenía que conectarme para hablar con mis papás.

Entre viajes, amigos nuevos, comidas raras o experiencias increíbles se pasaba el tiempo y llegaba el punto en que había que aterrizar un poco, porque, al fin y al cabo, habíamos ido a estudiar. Entonces chocan unos o se amañan otros con el sistema de evaluación de donde se encuentran. En la UCA, por ejemplo, todos los exámenes finales eran orales, y para Carlos y para mí, que siempre hemos estado más cómodos con un esfero o un teclado en nuestras manos, fue difícil enfrentarnos a la mirada inquisitiva del profesor al otro lado del escritorio. Juan Felipe, en cambio, presentaba exámenes escritos y recuerda que “uno no marca la hoja con el nombre ni nada, sino que pone un código de barras”, de modo que el profesor no sabe a quién está calificando. Muchos dirán que hablo de exámenes y no de resultados. No se preocupen, nos fue bien.

Se adquieren rutinas, se memorizan trayectos y todo parece natural. A veces se olvida que estamos allí de manera temporal y el regreso nos toma por sorpresa. Para quienes estamos de vuelta en casa, ahora todo aquello nos define, una parte de nosotros ha quedado allá y seguramente nos hará volver. Juan Felipe ve el regreso todavía lejano, la doble titulación dura dos años y apenas lleva seis meses. Camila logró extender el intercambio otro semestre y consiguió una práctica en el periódico *El Universal* de México, vino a pasar Navidad y Año Nuevo con su familia, empaqué galguerías y emprendió rumbo de nuevo. Era la primera vez que venía a Bogotá de vacaciones. 📍